

**Rosalía Baltar y Carlos Hudson (eds.). *Figuraciones del siglo XIX. Libros, escenarios y miradas*
Mar del Plata, Ediciones Finisterre y Universidad Nacional de Mar del Plata, 2007,
190 páginas.**

Una de las conquistas más significativas de la nueva historia intelectual ha sido la reevaluación de los discursos como formaciones históricas contingentes, recuperando con nuevo énfasis aquello que Skinner llamaba sus “condiciones semánticas de producción”; dicho de una vez: el carácter radicalmente histórico de las prácticas, incluidas las del lenguaje. En el renovado intercambio entre historia y literatura de los últimos años ha primado en esa línea el fructífero aporte de la tradición francesa, especialmente los trabajos de Roger Chartier en torno a la historia cultural, así como la labor desarrollada por la escuela historiográfica encabezada por François-Xavier Guerra, que ha revisado críticamente los enfoques teleológicos de la historia cultural moderna. *Figuraciones del siglo XIX. Libros, escenarios y miradas* presenta una serie de trabajos que dialogan con esas líneas teóricas, o por sus competencias específicas — desde la crítica o desde la historiografía—, o porque esas competencias aparecen felizmente fusionadas. El objetivo del libro, como se dice en el prólogo, es indagar los procesos de lectura y escritura en el contexto de la cultura decimonónica así como algunas de sus proyecciones o relecturas más relevantes — como son las de Ricardo Rojas y José Enrique Rodó— activadas en los inicios de la nueva centuria.

La primera de las tres partes en que está dividido el libro, “Más allá y más acá del Plata”, se centra en las tensiones, rupturas y continuidades entre el período ilustrado —que cala en la colonia— y las nuevas ideas provenientes del romanticismo europeo. El primero de los trabajos de esta serie, el de Valentina Ayrolo, reflexiona sobre el manejo y la circulación de la información en la ciudad de Córdoba a principios del siglo XIX, mostrando de qué modo las elites letradas, a pesar de carecer de un espacio público definido, pergeñaban un circuito “subterráneo” de difusión de escritos que les permitió mantenerse al tanto de las novedades políticas y acompañar el proceso de modernización que se vivía por entonces en otras provincias, principalmente en Buenos Aires. Con la expulsión de los jesuitas —y a partir de la regencia franciscana— la biblioteca universitaria restringió sus volúmenes al saber escolástico, lo que produjo una fuerte reducción del saber institucional; reducción que fue contrarrestada, como muestra Ayrolo a partir de la correspondencia de Miguel de Zamalloa (1753), por canales informales de difusión de libros y noticias y por tertulias llevadas a cabo en ámbitos privados. Dichas prácticas indican, sin embargo, la persistencia de pautas organizativas basadas en una visión estamental, que sólo a mitad del siglo dará paso a la constitución de una “esfera pública local”.

Otro epistolario, en este caso el de Carlo Zucchi y Pedro de Angelis, le sirve a Rosalía Baltar para establecer una lectura sobre la inserción de ambos intelectuales italianos en la sociedad rioplatense en la que resulta sumamente interesante, por ejemplo, contrastar los modos de diferenciación cultural que guiaron algunas de sus polémicas con la denominada generación del 37, específicamente, las virulentas intervenciones de De Angelis en la prensa periódica del período. Mediante una atenta lectura de la correspondencia privada de ambas figuras, que se extiende entre 1827 y 1849, el trabajo de Baltar revela los componentes de un tipo de figuración de intelectual —el hombre de las “bellas artes” o letrado cortesano— que se vive conflictivamente en la región. La formación clásica que comparten ambos intelectuales —en la que impera un sentido del orden como base necesaria para las prácticas ilustradas— es uno de los rasgos que define la oposición a los románticos rioplatenses y permite visualizar con más precisión la postura adoptada por ambos durante el rosismo, tildada injustamente de “oportunistas”, como bien señala allí la autora.

El trabajo de Bustamante Vismara, por su parte, se centra en la discusión sobre el idioma y los programas relativos a las reformas ortográficas en dos momentos significativos de la historia educativa de la región: la década de 1840 en Santiago de Chile, donde descuelga la conocida como ampliamente frecuentada polémica entre Andrés Bello y Sarmiento, y la década de 1850 en Buenos Aires, donde B. Vismara analiza el diálogo entre Marcos Sastre y el sanjuanino, nombrado por entonces Jefe del Departamento de Escuelas de Buenos Aires. De ese diálogo surge que las posiciones más virulentas de las décadas del treinta y del cuarenta en relación a los usos de la lengua —que reconocen en Sarmiento su portavoz más enfático pero que ya estaban presentes, por ejemplo, en las protestas ejercidas por Alberdi desde *La moda* contra el uso castizo del idioma, comprensibles dado el sustrato político que orientaba la discusión—, son canalizadas en la segunda mitad del siglo en el marco de la normativización propuesto por la Real Academia Española.

El trabajo de Mónica Marinone que cierra esta sección funciona como una especie de bisagra o pasaje a la siguiente, “Romanticismo en foco”. Y lo hace porque Marinone trabaja textualidades atravesadas por una doble condición performativa y factual, es decir escritos supeditados por la causa independentista americana —bajo su estro revolucionario—, que se convierten en documentos fundadores de un imaginario común, el de la nación. Los textos de Bolívar “Juramento del Monte Sacro” y “Mi delirio sobre el Chimborazo”, más allá de su autenticidad cuestionada por algunos historiadores, resultan capitales por su función fundadora: textos productores —es decir, generadores— de un imaginario que será central en las formulaciones y reformulaciones ulteriores, entre las que se ubica la de Martí, comentada agudamente en el trabajo. Resulta interesante la idea propuesta allí de pensar en esos escritos como “objetos epistémicos”, objetos en los cuales se inscribe un denso archivo cultural en el que romanticismo e ilustración se imbrican mutuamente. De ahí el *exceso* señalado por Marinone de esos discursos bolivarianos que percute la acendrada racionalización de los mismos y les otorga una particular vitalidad; vitalidad que hace pensar hasta qué punto el discurso político independentista se nutre de valores no ilustrados, aun poéticos, en busca de lo que Antonio Cornejo Polar, en ese libro magistral que es *Escribir en el aire*, llamó la “armonía imposible”.

En el apartado “Romanticismo en foco” nos encontramos con dos modulaciones distintas: la específicamente poética en los trabajos de Marcela Romano y Omar Chauvié, dedicados a *El ángel caído* y a *La cautiva*, respectivamente, y la relativa a la construcción de los escenarios de la imaginación romántica propuesta de Graciela Batticuore. En el primer caso, Romano recorre la paradigmática figura del Don Juan literario para centrarse en la elaboración que de ella hace Espronceda en *El estudiante de Salamanca* y la propuesta por Echeverría en su extenso poema. También aquí M. Romano señala la operatoria del *exceso* como principio constructivo que autoriza la construcción del héroe tanto como la desmesura poética; sin embargo, como bien sostiene la autora, ese principio entra en colisión en *El ángel caído*, dado el conflicto entre el yo poético romántico y el yo amurado por la razón civil o, como escribiera Darío, por “la obra profunda de la hora”: el Don Juan de Echeverría resulta así un héroe reflexivo, serio que, finalmente, en afán de su prédica doctrinaria poco asimila de lo sustancial del Félix de Montemar esproncediano. Por su parte, en la línea de los trabajos de Jens Andermann y Fermín Rodríguez, Chauvié indaga en *La cautiva* la construcción lingüística del paisaje, analizando los modos retóricos concretos en que esa construcción se formula, cuyo fundamento ideológico más relevante reside en la homogeneización tanto del espacio como de los sujetos representados.

Otros espacios son los requeridos por la lectura de Graciela Batticuore. Imaginarios o reales, los escenarios románticos modelan nuevos modos de concebir la cultura. Leyendo las *Memorias* de Mariquita Sánchez, así como algunos pasajes de *Recuerdos de provincia* de Sarmiento, entre otros textos significativos, Batticuore indaga en los espacios interiores antes y después de la independencia, y también antes y después de la experiencia del exilio de los jóvenes letrados de la llamada generación del 37. De allí que el subtítulo “De la opulencia a la ruina” señale el pasaje de los fastuosos ámbitos interiores del período previo al régimen rosista a aquellos espacios marcados por la experiencia de la diáspora, que Batticuore denomina “escenarios de frontera”. Así, la distancia que separa la consideración del pasado colonial por parte de Sarmiento y de Mariquita Sánchez, también es síntoma de la construcción literaria del espacio “auténtico”, más ascético que recoleto en la visión interesada del sanjuanino, impugnador del “lujo falso” en la prédica de Alberdi, en el que los escritores románticos inscriben su patrimonio letrado. Los ideales románticos —sugiere Batticuore— necesitan, para realizarse, de ciertas condiciones materiales. En esta línea, Batticuore rescata y celebra la competencia ejercida por Félix Weinberg en un pasaje de su clásico estudio destinado a describirnos el (probable) espacio del Salón literario. Esa descripción recupera, sugiere Batticuore, algo del significado que esos espacios portaban en la imaginación romántica.

Por último, dos revisiones críticas cierran el volumen. La de Carola Hermida indaga en la operación que realiza Ricardo Rojas en el volumen de su *Historia* dedicado a *Los proscriptos*: las nociones de modelo y de magisterio, como se indica allí, estructuran una narrativa sobre la “argentinidad” que, como sabemos, con el tono épico de aquellos mismos relatos que pretende canonizar, Rojas atribuye a los textos de la joven generación del Plata. Carlos F. Hudson, en cambio, centra su lectura en el temprano ensayo de Rodó sobre *Juan María Gutiérrez y su época*, recopilado más tarde en *El mirador de Próspero* (1913), mostrando los modos de identificación y superación que, a pesar de la distancia de aquellas ideas románticas —la más significativa es la relativa a los Estados Unidos que marca el punto de clivaje para el hispanismo del ideario modernista inaugurado por Rubén Darío—, elucubra Rodó para su propia figura de ensayista y crítico de su tiempo.

Figuraciones del siglo XIX ofrece nuevos materiales que iluminan aspectos fundamentales para el estudio de la cultura decimonónica, y realiza así con creces su cometido: la convergencia entre letras e

historia enriquece la complejidad de las miradas y de ese modo activa, como quería Geertz, nuestras representaciones del pasado. Ante tal evidencia, sin embargo, es plausible que el rigor descriptivo de algunas formulaciones suscite algún reparo. Me pregunto, por ejemplo, por el valor heurístico de nociones tales como “sociabilidad romántica”: en qué medida dicha formulación resulta analítica para describir, por encima de otros factores históricos y aun ideológicos, prácticas literarias destinadas a formar un canon de la literatura argentina. Es decir, qué especificidad otorga el segundo término de esa fórmula a relatos marcados por la experiencia del exilio, habida cuenta de que, para tomar un sólo ejemplo, las *Cartas* de Echeverría fueron escritas —según estipuló la crítica— previamente a esa experiencia. Algo semejante ocurre con la distinción que realiza Ayrolo entre “verdaderos espacios públicos” y la existencia de —entrecomillado por ella— “espacios públicos”, como si en los últimos, lugares concretos, pervivieran pautas sociales tradicionales destinadas a desaparecer cuando lo “verdadero” —la esfera pública— condujera al tan mentado como problemático fenómeno denominado opinión pública. Para decirlo de otro modo, si términos como Ilustración o Romanticismo no retienen una definición unívoca —ninguna idea es, como decía Palti, en sí misma “ilustrada” o “romántica”, “liberal” o “conservadora”—, es porque los discursos combinan de manera compleja ideas y conceptos que sólo pueden recuperarse en su contexto específico de enunciación. Desde este punto de vista, la materialidad de la escritura de Weinberg dice más de lo que describe, al igual que la concepción habermasiana de la esfera pública subsume en su descripción una fenomenología de la “idea” liberal, agudamente cuestionada —aunque no del todo desarticulada— por François-Xavier Guerra en su aspecto teleológico, precisamente en el volumen que cita Ayrolo al hablar de “verdaderos” espacios públicos.

Hernán Pas